

cia del pensamiento y del carácter, sometidos a los diferentes estados de salud del cuerpo y a las circunstancias exteriores:

Si la Naturaleza encierra en los límites de su progreso ordinario, como a todas las cosas, también las creencias, los juicios y opiniones de los hombres; si tienen también su revolución, su sazón, su nacimiento, su muerte como las coles; si el cielo los agita a su antojo, ¿qué magistral y permanente autoridad les vamos nosotros atribuyendo? Si, por experiencia, tocamos con la mano que la fuerza de nuestro ser depende del aire, del clima y del terreno en que nacemos, no solamente la tez, la estatura, la complexión y el aspecto sino también las facultades del alma...<sup>47</sup>

Podríamos decir que, de alguna manera, existe en él el sentimiento de un cierto determinismo biológico que, dominando al hombre, justifica su conducta. Este sentimiento es el que sirve de excusa a Montaigne:

y no es por razonamiento por lo que he escogido este hablar escandaloso: es la Naturaleza quien lo escogió por mí. Y también: mi valor [...] es como la Naturaleza me lo forjó...<sup>48</sup>

Estamos todos al corriente de los profundos cambios semánticos sufridos por la palabra «naturaleza», palabra de múltiples y complejos significados que, con tanta frecuencia, sustituye a Dios, por ejemplo, y de la dificultad de saber lo que designa exactamente en los diversos contextos de los *Essays*. Por supuesto que no se trata aún de la «naturaleza» de los tiempos biológicos actuales, mas nos parece que en los dos ejemplos anteriormente citados, Montaigne se inclina por la existencia de elementos, de caracteres innatos cuya influencia se extiende incluso a las cualidades morales y sobre los cuales ni el razonamiento ni la voluntad tienen poder alguno. En cualquier caso y cualquiera que sea el significado exacto que posee aquí la palabra «naturaleza», está claro que Montaigne la utiliza para rechazar el asumir toda responsabilidad. Esta inclinación es sin duda el fundamento del hondo sentir que le impulsa a aceptarse como es, sin complacencia, sin vanidad y sin orgullo pero, paralelamente, sin ningún sentimiento de culpabilidad ni, por consiguiente, tampoco de arrepentimiento, lo que la ortodoxia le criticó ferozmente y nunca le perdonó.

Sabemos que Rostand ha expresado en una bella prosa, clara, concisa, que procede de la precisión científica, la angustia del hombre. A propósito de las cuestiones fundamentales que solicitan eternamente nuestra meditación —el universo, la condición humana y tantas otras—, no teme confesar:

No vacilaré en decir que tratándose de estos problemas, he atravesado la existencia en un estado de incompreensión azorada [...]

Y así es cómo nos define:

[...] de entre los millones de especies en que se manifiesta la vida [hay una] la nuestra que domina todo lo demás por la virtud de lo que llama el pensamiento, una a la que su superioridad

<sup>47</sup> «Si Nature enserre dans les termes de son progrès ordinaire, comme toutes autres choses, aussi les créances, les jugements et opinions des hommes; si elles ont leur révolution, leur saison, leur naissance, leur mort, comme les choux; si le ciel les agite et les roule à sa poste, quelle magistrale autorité et permanente leur allons-nous attribuant? Si, par expérience, nous touchons à la main que la forme de notre être dépend de l'air, du climat et du terroir où nous naissons, non seulement le teint, la taille, la complexion, et les contenance, mais encore les facultés de l'âme...», L. II, 12.

<sup>48</sup> «et n'est par jugement que j'ai choisi cette sorte de parler scandaleux; c'est Nature qui l'a choisi pour moi», L. III, 5. Y también: «mon courage [...] il est comme Nature me le forgea...», L. III, 12.

dad destaca y aísla hasta el punto que se sentiría inclinada a presumir de una originalidad singular si todo no viniese a recordarle que está unida al vasto pueblo de los seres vivos.<sup>49</sup>

Además conocemos su famosa frase:

Explicadme el sapo y os dispengo de explicarme al hombre.<sup>50</sup>

Montaigne estaba igualmente fascinado por las maravillas del mundo animal que en nuestros días apasionan cada vez más a los biólogos. Sin duda no se habría sorprendido demasiado si hubiera sabido que llegaría un día en que especialistas científicos estudiarían el comportamiento animal con vistas a deducir de él las reglas del comportamiento humano. Y es en este punto capital de la unidad esencial de la vida —punto que sigue estando sometido a debate— en el que el acuerdo y la conformidad de pensamiento de Montaigne con Rostand nos parecen, salvando todas las distancias, tan curiosos como evidentes:

He dicho todo esto —explica Montaigne— para mantener ese parecido que hay en las cosas humanas y para reunirnos y unirnos a esa cantidad, es decir al conjunto de los seres, no estamos ni por encima ni por debajo de lo demás. [...] Hay algunas diferencias, hay órdenes y grados pero siempre bajo el aspecto de una misma naturaleza. Hay que limitar al hombre y colocarle dentro de las barreras de esta organización. El miserable no puede salirse de ellas; está atado, metido de lleno, sujeto a las mismas obligaciones que las demás criaturas y es de una condición bastante mediocre, sin ninguna prerrogativa, preexcelencia verdadera y esencial.

Pues ya sabemos que Montaigne no separa al alma del cuerpo.<sup>51</sup> Y añade más adelante:

... Hay más diferencia de tal hombre a tal hombre que de tal animal al hombre.<sup>52</sup>

Y no olvidemos esta importante manifestación:

El hombre va cambiando y transformándose sin cesar en otro desde la simiente.<sup>53</sup>

Ahora bien, resulta que la idea de que el hombre sólo difiere cuantitativamente respecto del animal es uno de los postulados fundamentales de Jean Rostand:

Una de las cosas que creo con mayor firmeza —una de las pocas de las que estoy casi seguro— es que no existe entre nosotros y el animal más que una diferencia de cantidad y en modo alguno de cualidad; es que somos del mismo tejido, de la misma substancia que el animal.<sup>54</sup>

Recordemos asimismo la opinión de Claude Bernard:

En su grado más sencillo —despojada de los accesorios que la enmascaran en la mayor parte

<sup>49</sup> Jean Rostand, *L'oeuvre scientifique...*, p. 107.

<sup>50</sup> Jean Rostand, *L'oeuvre scientifique...*, p. 109.

<sup>51</sup> «J'ai dit tout ceci pour maintenir cette ressemblance qu'il y a aux choses humaines et pour nous ramener et joindre au nombre. Nous ne sommes ni au-dessus ni au-dessous du reste. [...] Il y a quelque différence, il y a des ordres et des degrés; mais c'est sous le visage d'une même nature. Il faut contraindre l'homme et le ranger dans les barrières de cette police. Le misérable n'a garde d'enjamber par effet au-delà; il est entravé, il est assujéti de pareille obligation que les autres créatures [...] et d'une condition fort moyenne, sans aucune prerogative, préexcellence vraie et essentielle», L. II, 12.

<sup>52</sup> «... il se trouve plus de différence de tel homme à tel homme que de tel animal à l'homme», L. II, 12.

<sup>53</sup> «[L'homme] depuis la semence va toujours se changeant et muant d'un à autre», L. II, 12.

<sup>54</sup> Jean Rostand, *L'oeuvre scientifique...*, p. 108.

de los seres—, la vida, contrariamente al pensamiento de Aristóteles, es independiente de toda forma específica.<sup>55</sup>

Y ya es bien sabido que el paso de lo cualitativo a lo cuantitativo constituye la propia esencia de la ciencia moderna.

Otra actitud científica de Montaigne es la de considerar los problemas desde todos los puntos de vista posibles, reparando siempre en el pro y el contra, la de confrontar tesis opuestas, la de presentar ambivalencias y la de concluir con un interrogante. Daremos aquí un ejemplo de esto, aunque no sean los términos de esta ambivalencia lo que deseamos destacar, claro está, sino la alternativa en sí que demuestra, a pesar de la enorme distancia recorrida por la ciencia desde la época de Montaigne, un asombroso parecido en el caminar de ambas mentes. Oigamos a Montaigne:

¿Son nuestros sentidos los que prestan al sujeto esas diversas condiciones y que no obstante los sujetos no poseen más que una? Como vemos con el pan que comemos; sólo es pan, pero nuestro uso lo convierte en huesos, sangre, carne, pelos y uñas [...] El humor que chupa la raíz de un árbol, se transforma en tronco, hoja y fruto [...] ¿Son, digo, nuestros sentidos los que transforman esas diversas cualidades de esos sujetos o realmente las poseen así? ¿Y en cuanto a esta duda, qué podemos resolver acerca de su verdadera esencia?<sup>56</sup>

Veamos ahora a Jean Rostand:

Desde Anaxágoras y Demócrito, el espectáculo de los cuerpos organizados no ha dejado de producir opiniones discordantes [...] ¿Es que el aspecto de estos cuerpos es realmente equívoco y nos está permitido pensar que, si la finalidad se presentase en ellos un poco más toscamente, todos los biólogos se contentarían con una explicación por lo fortuito, que si la finalidad se presentase de forma algo más precisa, todos estarían de acuerdo para decretar la incompetencia del azar? ¿O, por el contrario, debemos creer que la discordancia preexiste en la mente del observador, independientemente de los caracteres del objeto?<sup>57</sup>

Repitamos que desde el principio y en varias ocasiones Rostand nos advierte modestamente que experimenta el sentimiento de una incompreensión esencial, que ha perdido acerca de muchos puntos la ilusión de saber. Montaigne insiste a menudo sobre la dificultad de llegar a la verdad, de apoderarse de la realidad y antes que aceptar, sin comprobarlas, las opiniones recibidas, prefiere confesar su ignorancia. Mas lo que me parece muy notable es, que habiendo reflexionado sobre estas cuestiones, en lugar de atribuir esa dificultad exclusivamente a los problemas por resolver, la atribuya también a la naturaleza de nuestra inteligencia, incapaz de ir derecha a la meta que se propone. Y así enuncia esta observación tan pintoresca como pertinente:

[La inteligencia] cree observar de lejos no sé qué apariencias de luz y de verdad imaginarias; pero mientras acude a ellas, tantas dificultades se le atraviesan en el camino, impedimentos y nuevas búsquedas, que la extravían y la confunden.<sup>58</sup>

<sup>55</sup> Claude Bernard, op. cit., p. 55.

<sup>56</sup> «Sont-ce nos sens qui prêtent au sujet ces diverses conditions, et que les sujets n'en aient pourtant qu'une? Comme nous voyons du pain que nous mangeons; ce n'est que pain mais notre usage en fait des os, du sang, de la chair, des poils et des ongles. [...] L'humour que suce la racine d'un arbre, elle se fait tronco, feuille et fruit. [...] sont-ce, dis-je, nos sens qui façonnent de même de diverses qualités ces sujets, ou s'ils les ont telles? Et sur ce dout que pouvons-nous résoudre de leur véritable essence?», L. II, 12.

<sup>57</sup> Jean Rostand, L'oeuvre scientifique..., p. 114.

<sup>58</sup> «[L'esprit] pense remarquer de loin je ne sais quelle apparence de clarté et vérité imaginaire; mais pendant qu'il y court, tant de difficultés lui traversent la voie, d'empêchements et de nouvelles quêtes, qu'elles l'égarent et l'énervent», L. III, 13.